

INFANTIL



© Del texto: 2013, PABLO MARÍA SÁENZ

© De esta edición:

2014, Editorial Santillana, S.A.

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Apartado Postal 11-253 • Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono 809-682-1382 • Fax 809-689-1022

Las sedes del Grupo Santillana son:

Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile,
Ecuador, El Salvador, España, Estados Unidos, Guatemala,
Honduras, México, Panamá, Paraguay, Perú, Portugal,
Puerto Rico, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.

ISBN: 978-9945-19-620-7

Registro legal: 58-347

Impreso en República Dominicana

Ilustraciones de: REBECA JIMÉNEZ PINTOS

Primera edición: febrero de 2014

Primera reimpresión: abril de 2016

Segunda reimpresión: junio de 2018

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

El viaje del trapequista

Pablo María Sáenz

Ilustraciones de Rebeca Jiménez Pintos

*A mi padre Pablo y a mi tío Franco:
hombres buenos.*



Índice



I. A la una, a las dos y a lasss... ¡tres!	13
II. Flotando como un banderín	19
III. El grafiti más importante de la pared	23
IV. Casi se le escapa una lágrima.....	27
V. Un trapecista explorador	35
VI. Una cárcel de vidrio	41
VII. No me podía negar	49
VIII. Querían convertirnos en estrellas de televisión	55
IX. Salimos al aire.....	61
X. Tranquilo, Trapecista. Soy yo	67
XI. Como un abrazo para siempre.....	75

*Era un lugar que quedaba más allá
de todos los viajes...*

MIA COUTO

La leyenda de la novia y el forastero

A la una, a las dos y a lasss... ¡tres!

Dale que va. Arriba y abajo. Nicolás y el columpio. El columpio y Nicolás. Subíamos y bajábamos. Doble turno. Mañana y tarde. Me mareaba y cómo me mareaba. Soy un trazo viajero y soñador que se encuentra en problemas; a veces me pregunto si no hubiera sido más cómodo seguir siendo un dibujo. El dibujo de un trapecionista en la camiseta de Nicolás.

Es tarde y no me puedo dormir. Estoy un poco nervioso. No sé que va a pasar mañana. Así que voy a aprovechar para contarles mi historia.

Mi nacimiento fue casual. Un capricho más de Nico. Resulta que su papá estaba siempre tan ocupado que cuando su hijo le pedía algo se lo daba sin más. ¡Hay que ver cómo lo malcriaba! Y claro, Nico se aprovechaba. Cuando se antojó que quería tener una araña de mascota el padre le compró siete tarántulas con tal de que no llorara más.

Un buen día, Nicolás le pidió a su papá que le hiciera un dibujo en su camiseta nueva porque las camisetas dibujadas se habían puesto de moda y,

sin pensarlo mucho, el padre le dio el gusto. Unas líneas no muy rectas de marcador negro indeleble, de esos que apestan a alcohol y hacen rayas bien gordas, y listo. En un pim pam plus vinimos al mundo el equilibrista y yo. Sí, el equilibrista era el dibujo que me acompañaba en la camiseta y nació conmigo aquella tarde a la vuelta del colegio.

La tarde de mi nacimiento tenía muchas esperanzas: pensaba que en la camiseta de un chico me esperarían aventuras maravillosas. Pero no, a Nico le encantaba columpiarse. Sólo columpiarse. Subir y bajar. Dale que va. Yo me aburría tanto que, harto de estar colgado boca abajo como un murciélago, tomé una decisión: irme de viaje, así, sin más. Quería conocer el mundo, saber qué había más allá de los columpios, conocer otros trazos.

Antes de partir le pregunté a mi vecino, el equilibrista, si quería venir conmigo a dar una vuelta. Él me agradeció la gentileza y me dijo que me fuera no más, que no me preocupara, que la verdad era que si partía conmigo no sabría qué hacer con la pértiga. Dijo que él no era un irresponsable como yo. Yo pienso que tuvo miedo.

Aproveché el empujón del columpio... A la una, a las dos y a lasss... ¡tres! Me lancé con tanto entusiasmo que en el salto arranqué un trozo de camiseta. ¡Fue fantástico! ¡Lo había logrado! ¡Sentía mi propio cuerpo! La experiencia fue tan maravillosa que en aquel momento me imaginé que volvía a nacer.

Comencé a ascender ayudado por el viento de cola y un remolino pasajero. Parecía la cuerda de una gimnasta lanzada al aire en plena función, y así fue como terminé enredado en la rama de un árbol, como el hilo de un globo. Pero para mi suerte un pájaro me rescató. Era un pájaro curioso y de cola larga que saltaba de rama en rama.

—Tenga usted muy buenos días, señor pájaro. Soy un trazo en apuros y no soy comestible —me apuré a aclarar para que no me confundiera con un gusano u otra clase de insecto.

—Encantada, señor... como se llame usted, soy Betty Urraca, especialista en piedras preciosas, lo que no me convierte en una vulgar ladrona, ¡no señor!, sino en una expeeeerta buscadora de tesoros: joyas extraviadas, abandonadas y/o desatendidas por dueños desinteresados y muuuuy descuidados —chilló de corrido, sin parar de saltar y observándome de reojo.

No sé, yo no entiendo de pájaros pero la cuestión es que Betty resultó ser una urraca tan amable y comprensiva como movediza. Con paciencia y sin dejar de parlotear, entre saltito y saltito me fue desenredando. Con la puntita del pico, para no lastimarme, estiró mis brazos y piernas y me colgó de una rama. Mientras tanto, le explicaba que soy un trapecista y ella me decía que era la primera vez que se encontraba con un trapecista enredado en un árbol. Entonces, me

animé y le conté lo de la camiseta y los columpios; le aclaré que mi intención era conocer el barrio y pasear un poco para ver qué había más allá del parque Libertad.

—Mira, Trapecista, yo prefiero las copas de los árboles y además eso de andar sola por ahí no es cosa de urracas. Pero como me parece que tú estás más solo que yo, nos vamos a dar una vuelta —dijo, tomándome con el pico por la cintura. Y yo me dejé llevar, no tuve miedo, me vencía la curiosidad.

Nos elevamos. ¡Volábamos! Hasta que, por fin, vi allá abajo el árbol y los columpios y, en uno de los columpios, a Nicolás hecho un puntito. Desde el cielo, vi edificios que crecían como árboles gigantes, antenas que pinchaban las nubes, cúpulas, y cables que ataban los edificios unos con otros para que no se perdiesen. Yo le contaba a mi amiga cómo veía el mundo desde allí arriba, ella nada decía.

Me gustó volar, sentir el aire alrededor y el batir de sus alas. Después de unas cuantas vueltas, Betty comenzó a descender, despacio... muy despacio, planeó sobre el tráfico y me dejó agarrado a una antena. Cuando se fue la noté un poco cansada. Desde la copa de un árbol me saludó antes de desaparecer detrás de una nube.

—¡Adiós, Trapecista, y disculpa que haya volado en silencio pero si abrías el pico te ibas a caer! —me dijo.



—Gracias Betty —alcancé a contestarle antes de quedarme otra vez solo, con muchas ganas de continuar el viaje que acababa de comenzar.



II



Flotando como un banderín

El viaje en pájaro me había dejado con la cabeza por las nubes. Viajaba agarrado a la antena de una guagua de transporte público. Una guagua que no paraba de zarandearse. Parecía una licuadora gigante, pero yo decidí relajarme y disfrutar del viaje. Trepé hasta lo más alto. Junté mis manos, extendí mi cuerpo y me transformé en cinta. ¡Qué placer! Ahora sí, flotaba como un banderín.

Y me acordé de Nico: los días de tormenta ataba un montón de tiritas de colores a la barandilla del balcón. El viento las hacía bailar. Él decía que eran para ahuyentar a los fantasmas. Entonces, yo me sentí un ahuyentador de fantasmas callejeros. Sí, señor.

De golpe, el chofer disminuyó la velocidad. Dejé de flotar pero no me solté. Agarrado de la antena, como desde lo alto de la cuerda del circo, me puse a observar. Entramos en la terminal, la gente se movía con prisa para no perder su lugar. ¡Qué locura!